

## LOS MONUMENTOS DE ROMA ANTIGUA.

SU IMPORTANCIA PARA LA HISTORIA.

---

### I.

De todos los libros de historia romana, que la ciencia y el ingenio de los hombres han producido en la serie de los tiempos, ninguno hay tan veraz ni tan exacto como la ciudad misma, con sus colinas y sus puertas, con sus arcos y sus foros, con sus edificios y sus ruinas. Es verdaderamente providencial que del naufragio de tantos cataclismos, de los horrores de tantas guerras y de la devastacion de los siglos y de los hombres, se hayan salvado monumentos, que se refieren á todas las épocas de la vida del gran pueblo. La gran carta geográfica de sus antiguas maravillas está hecha; la correspondencia de los antiguos lugares con los modernos está probada; la topografía concuerda con los fastos. Desde el Palatino hasta la basílica de San Pablo, ahora terminada, puede hacerse una peregrinacion histórica y artística que comprende muchas centurias, diversas civilizaciones, variedad de escuelas, grandes resplandores y grandes oscuridades; una peregrinacion lenta y difícil en los mil y mil volúmenes que guardan las bibliotecas, interesante y fácil en los campos melancólicos y en las calles solitarias de la ciudad de Roma.

Insignes escritores, en distintas épocas, han acometido esta

empresa. No es Mr. Ampère el primero que realmente haya intentado escribir la historia de Roma en Roma; pero como son muchos los que han intentado escribirla, y en efecto, la han escrito, resulta que son muchas las historias. Si en vez de escribirla se hubieran limitado á traducirla, la historia sería, como debiera ser, una sola. Trazada en los monumentos y en las ruinas por una mano, que no se vende ni obedece á los impulsos de la pasión, por la mano del tiempo, el trabajo de los escritores hubiera podido reducirse á interpretar fielmente ese texto, abierto al estudio de todos, en vez de empeñarse cada uno en ser el exclusivo conocedor de su idioma, y el único iniciado en sus misteriosos jeroglíficos. La historia de Roma está escrita en Roma; llevarla á las lenguas modernas de Europa, no es tanto obra de la sabiduría, como empresa de la buena fe. Y, sin embargo, el espíritu de análisis, de controversia y de extravagancia, que anda suelto, por desdicha, en el mundo de las ideas y en la república de los sabios modernos, no ha dejado en paz ni las venerables ruinas de los siglos más remotos. Hubo una época en que la moda científica llevó por todas partes la negación de los hechos más notorios y de las personas más conspicuas; se negó la existencia de Homero, y la del Cid, y la de Napoleón; se puso pleito á multitud de obras, de que están en legítima posesión sus autores verdaderos; se trajo todo á debate. ¿Podían eximirse de esta ráfaga maligna las antigüedades romanas? No era fácil. El racionalismo se disfrazó de arqueólogo; que es el racionalismo abonado para vestir todos los disfraces, haciendo de cada cual su traje propio, como si nunca otro hubiera llevado en la vida; y así disfrazado, genio destructor de toda bondad, de toda verdad y de toda belleza, comenzó sus estudios y disquisiciones sobre la Roma antigua y la moderna; ántes había hecho un viaje á Oriente vestido de peregrino; allí se había complacido en amañar dificultades y en fingir contradicciones entre la geografía de la Palestina y la admirable historia del Antiguo y el Nuevo Testamento; y vencido y mal trecho en sus audaces raciocinios, llega como puede, á la Jerusalén nueva, buscando mejor fortuna que en la antigua. Su Roma favorita es la Roma de la repú-

blica; el monte Aventino tiene en sí más encantos que el Palatino; la sombra de Bruto es más grandiosa que la de su víctima; el imperio es la muerte; los bárbaros no fueron tales bárbaros, ni destruyeron los monumentos de la Roma de los Césares, ni maltrataron las obras de arte; Totila fué un príncipe ilustrado; los longobardos apenas influyeron en los destinos de la ciudad, ni los emperadores Constantino III y Constante II la despojaron para embellecer á Bizancio; todos estos hechos, depurados en el crisol racionalista, dan sólo por consecuencia una verdad crítica tan profunda como casi todas las de los libre-pensadores, es á saber: que la influencia cristiana, desde el punto en que se elevó al trono por la conversión del hijo de Santa Elena, aparece con caracteres de exterminio contra los templos y contra las manifestaciones todas de la religión pagana. ¡Deplorable vulgaridad histórica! El racionalismo se complace en arrojar sombras sobre los puntos más radiantes de luz y de hermosura. Por empañarlo todo, ha tenido también la triste gloria de poner en duda la autenticidad de las Catacumbas; ha bajado á aquellos santos subterráneos, no con el espíritu de humildad que ellos inspiran, sino con el orgullo insensato que condenan; ha ido á descubrir, no la tumba gloriosa de los mártires cristianos, sino alguna tumba de gentil que pudiera servir para negarlas todas; ha recogido la tierra de aquellas fosas, no para besarla con religioso respeto, sino para analizarla con fría delectación; ha visitado una, por una las humildes lápidas, aquellas toscas pinturas, no para recoger el aroma que exhalan de castos sentimientos y de esperanzas purísimas, sino para estudiar la manera de que las iniciales del *Deo Maximo* se apliquen y traduzcan *Diis Manibus*. El racionalismo se ríe enfrente de los grandes cuadros y de los grandes templos, lo mismo que enfrente de las verdades más altas y de las tradiciones más gloriosas. Por apartarse de lo comunmente recibido y ejecutoriado en sentencias unánimes de más de veinte siglos, quiere que sean ocho, y no siete, las colinas sobre que está fundada Roma; incluyendo el Janículo en el número de las principales como pudiera incluir el monte de Oro y el Pincio y el Vaticano, y aún hacerlas subir á doble

número, para que así quedase más desmentida y como atrasada la general creencia. Pero, ¿de qué sirven todos estos conatos de la soberbia humana, tristes aberraciones de una crítica sin base y sin conciencia? Seducen acaso por el momento; sorprenden á inteligencias impresionables y apocadas, lisonjean quizá con el mal saber propio el poco saber de los demas; pero el triunfo del error es pasajero como la novedad de sus disfraces y la boga de sus invenciones; la verdad nunca se desfigura á sí propia ni busca sombras que la protejan ni artificios que la hermoseen; siempre en su pedestal, siempre inmóvil y serena, ve pasar por delante de sí torrentes de palabras y de sofismas; ve levantarse tempestades que desafían á los cielos, y luego al punto ve los torrentes convertirse en míseros arroyos y las tempestades cesar en su furia. Roma es su símbolo mejor. Por aquí han pasado todos los incrédulos y todos los escépticos; piedra por piedra han registrado estas ruinas, palmo á palmo han medido estos monumentos. ¿Qué punto importante han logrado oscurecer? ¿Qué lugar venerado por los fieles han conseguido arrancar á esa veneracion? Ninguno. En cambio cada escrito irreverente contra la Roma de los papas da ocasion á nuevas y más brillantes apologías. Las ciencias, las artes, todas las fuerzas del entendimiento, el influjo poderoso del amor, las alas de la fantasía, todo viene á servicio y alabanza de esta ciudad, en cuyos gigantescos edificios miraba y conocia Mad. Staël la fisonomía especial de las edades.

Así es, en efecto: en Roma han dejado las edades, como en un gran libro, su fisonomía y su firma. Leer ésta y distinguir aquélla, sin preocupaciones y sin error, más es propio de las inteligencias humildes que de los talentos superiores; más es obra de la buena fe que de la desmedida erudicion.

## II.

Desde la edad remota en que sólo bosques y lagunas ofrecia el territorio donde más tarde se asentára como reina la metró-

poli del mundo, se conocen ya, merced á los progresos de las ciencias y las artes, las vicisitudes y transformaciones por que han pasado aquellos lugares, que hoy todavía visitamos con respeto. El *Palatino*, cuya historia es la historia de Roma, monte central que rodean y coronan otros seis, cuna y principio de la dominacion latina propiamente dicha; el *Capitolio*, que habia de ser trono y altar del mundo; El *Quirinal*, monte sagrado de los sabinos, la tumba misteriosa de las vestales sacrificadas; el *Viminal*, la colina melancólica de los sauces con su templo de Silvano; el *Esquilino*, la primitiva morada de los ligures, el campo de la muerte y de los fantasmas; el *Celio*, el monte famoso de las encinas corpulentas y de las limpias corrientes, en cuyas ondas no lejanas ha de retratarse la ninfa Egeria; el *Aventino*, áspera floresta de laureles y de mirtos, que guardó el sepulcro de Tacio, y que escuchará más de una vez las quejas y las amenazas de la revuelta plebe; el *Campo de Marte*, vasta explanada al pié de las colinas, que un dia será centro de la vida exuberante de la capital del universo; tales son los puntos que progresivamente abarca y encierra en su recinto la ciudad de Rómulo. Debajo de sus clásicos montes, á la derecha del campo Marcio, se arrastran lentamente las blanquecinas aguas del *Álbula*, que más adelante se llamará Tiber, y hará inmortal su nombre :

*Amisit verum vetus Albula nomen,*

dice Virgilio en su *Eneida*. Al otro lado del Tiber, el Janículo con su fortaleza, que recuerda el siglo segundo de Roma. Á la extremidad oriental del valle, que separa el Aventino del Celio, la famosa Via Appia, que en los tiempos de la república y del imperio bordára de sepulcros sus márgenes y de pintorescas villas sus contornos; á poniente y á mediodía, y en todas direcciones, puertas y caminos que conducen á las diversas ciudades y provincias, más tarde artérias magníficas que pondrán á la capital en comunicacion con toda la tierra conocida. Tales son los principios de la ciudad de Roma, llamada á tan singular destino en todas las edades de la historia, y en

todas las fases de la civilizacion. En la cumbre y en las faldas de las siete colinas viven gentes y razas que se agitan y guerrear, ora ganando, ora perdiendo, quizá palmo á palmo aquel terreno privilegiado, en donde tantos sucesos históricos habrán de desarrollarse en la serie de los siglos: tres reyes sabinos vienen en pos de Rómulo: guarda el Palatino las tradiciones del Lacio; á su lado el Aventino y el Celio forman con él el gran núcleo de la sociedad romana; un dia al viejo Capitolio sabino del Quirinal sucede el nuevo Capitolio etrusco; la raza plebeya, uniéndose entónces al ambicioso elemento, que la busca porque la necesita para triunfar, da el primer ejemplo, á que no ha faltado despues en veinte siglos, de que la democracia es aliada natural del despotismo. La historia universal apénas presenta ejemplo de una gran tiranía, que no haya sido preparada por una gran demagogia. Servio Tulio crea la unidad política en la naciente Roma; las siete colinas constituyen ya un recinto y un poder y una voluntad. No está lejano el dia en que ese recinto se cierre para su rey Tarquino el Soberbio, en que ese poder ejerza lo que veinte siglos más tarde se llamará su soberanía, en que esa voluntad se rebele contra lo establecido y se cambie la vida política de Roma, y á la monarquía suceda la república. Esta vez la consabida alianza de la democracia con el despotismo tardará más años en dar su fruto natural, porque la distraerán innumerables gloriosas guerras exteriores, pero ha de darlo, no cabe duda; por el arco de triunfo que la república levanta á Escipion el Africano, insubordinado y rebelde habitual, pasará mañana la dictadura, y á poco el imperio hará su entrada solemne.

¡Cuán interesante y rica de enseñanzas es la historia de Roma en todos sus períodos! ¡Cuántas debilidades, cuántas desdichas y cuántos vicios, que una crítica superficial y pusilánime reputa enfermedad epidémica de los dias presentes, son, por cierto, enfermedad endémica de las remotas centurias! Es inútil perderse en sutilezas y en sofismas para explicar en los tiempos y con los tiempos un fenómeno, que está en los hombres y con los hombres. Y si las sociedades modernas, alumbradas por la luz esplendorosa del Evangelio, poseedoras de la doctrina

única que explica en su verdadero alcance y significacion las nociones del mando y de la obediencia; si las sociedades modernas, para quienes la idea del derecho y de la justicia es obvia y patente, no siempre se sustraen á la tiranía de la fuerza y á los embates del orgullo, ¿cómo ha de pedirse á las sociedades antiguas, que yacian en tinieblas y en sombra de muerte, aquel espíritu de orden y de moderacion, aquella continencia armónica en los derechos, aquella inquebrantable fidelidad á los deberes, que son fruto abundante y regalado del árbol de la Cruz? La historia de las rebeliones es más antigua que la historia del mundo. Desde Lucifer hasta el último demagogo de nuestros dias el procedimiento es idéntico; la caída es inexcusable. Cayó la monarquía; cayó la república; cayó el imperio. Roma debia sufrir la renovacion que trajo al mundo el gran suceso de Belen; las siete colinas se estremecerán en sus fundamentos; vendrán á tierra las estatuas y los ídolos que llenan la ciudad; sobre las ruinas del palacio imperial de Letran surgirá la basílica Constantiniana; en los jardines imperiales del Vaticano la basílica de San Pedro; en los huertos Varianos la basílica Sesoriana, Santa Cruz de Jerusalem; sobre el Esquilino la basílica Liberiana, Santa María la Mayor, y la basílica Eudoxiana, San Pedro *in Vincoli*; junto al teatro de Pompeyo levantará San Dámaso la basílica de San Lorenzo; junto á los jardines Salustianos Anastasio edificará la basílica Crescenciana; San Pablo tendrá la suya en la Via Ostiense, y en las tierras, que un dia se llamaron Agro-verano y Suburra, recibirán culto en hermosos templos San Lorenzo y Santa Inés. Los humildes subterráneos, los oratorios escondidos serán lugares de peregrinacion venerados por los príncipes; sobre el monte Celio se asentará majestuosa la basílica Lateranense y recibirá culto San Estéban, el primer mártir; Santa Bibiana purificará los jardines Licinianos. El Pantheon de Agrippa oirá las alabanzas de la Reina de los mártires; la iglesia Araceli, sobre las ruinas del templo de Jove, coronará la cumbre del Capitolio; el templo de Vesta, el de Antonino y Faustina, y tantos otros de la gentilidad serán consagrados al culto verdadero; una nueva Roma, hermoseedada con resplandores que no recibió la antigua, va á

sentarse en el recinto que rodean las siete colinas; sobre sus dos más altas y famosas columnas aparecerán dominando los ámbitos de la ciudad las estatuas coronadas de San Pedro y San Pablo.

## III.

De todas las bellas artes ninguna sirve tanto como la arquitectura para dar testimonio de la historia y de las vicisitudes de los pueblos. Pueden la pintura y la escultura, puede la música, y sobre todo la poesía, determinar los grandes apogeos y las grandes decadencias de cada nación, pero de cierto, si resúmen y reflejan su historia, no la escriben como la escribe la arquitectura; las páginas de piedra, que ella nos ofrece, quizá se presten en el trascurso de las edades á la variedad de interpretaciones, pero nunca á la mentira ni á la falsificación. Dignos son de fe y merecen nuestro más vivo reconocimiento los autores, que nos han transmitido noticia del origen y del sucesivo desarrollo de la sociedad romana; pero, como comprobante unas veces, otras como suplemento de esos mismos datos, queda la gran masa de monumentos que constituye el museo, el archivo adonde vienen por necesidad los verdaderos amantes de la ciencia histórica y de la arqueología y de las artes.

La más exacta expresión material de la vida de los pueblos es el arte; pueden desaparecer los anales, y quemarse los archivos, y extinguirse toda tradición; si quedan monumentos artísticos, fácil cosa será reconstruir el carácter del pueblo y aproximarse mucho á su retrato, si ya no se puede formar perfecto.

Dado este principio, bien se comprende que los monumentos arquitectónicos de la Roma antigua han de tener muy señalada importancia; ellos declaran el grado inmenso de poder y de lujo á que llegó aquella nación, especialmente en los días

del imperio. Los soberanos de Roma y del mundo reunieron en la metrópoli todos los tesoros artísticos de la Grecia sojuzgada y de las incontables provincias sometidas; destinaron á sus gigantescas construcciones los artistas más hábiles y acreditados de este y del otro lado de los mares, y aún cuando el genio romano careciese de aquella originalidad, de aquel espíritu creador que animan á los artistas famosos de Atenas y de Corinto, en sus obras arquitectónicas realiza prodigios de grandiosidad y llega en la línea de lo magnífico y de lo estupendo, adonde en la línea de lo bello no llegase acaso la misma Grecia, por ningún otro pueblo sobrepujada. La antigüedad no había concebido cosa que se pareciese á la casa dorada de Nerón, ni á las termas de Caracalla, ni á las de Diocleciano. Nada hay más lógico, si bien se considera, que la historia de la arquitectura en Italia.

Cuando un pueblo se ha remontado á tan prodigiosa altura en una de las manifestaciones artísticas, su influencia ha de ser por necesidad duradera; apenas si en larga serie de siglos alguna que otra inspiración aislada osa romper las tradiciones monumentales. Buen ejemplo nos ofrece el Norte con el estilo ojival, que irradia en las provincias rinianas, desde la catedral de Colonia hasta los edificios civiles y militares más ajenos al espíritu de la ojiva. Así Roma, á pesar de los cambios y de las vicisitudes, no construirá nunca sin las líneas rectas y los arcos de medio punto y las proporciones vitrubianas; por eso fué en ella tan vigoroso el renacimiento y se hallaron en Italia, como en su propia casa, los genios de Brunelleschi, de Buonarroti y de Porta, y de tantos otros, y legislaron para el arte con tanta facilidad Vignola y Palladio; por eso alcanzó tan escasa fortuna el estilo llamado gótico, que tanta boga tuvo en otros pueblos que carecían de clásicas tradiciones monumentales. El viajero, que busque en Roma algún edificio ó algún vestigio que le represente el espíritu austero y melancólico de las catedrales de Colonia y de Strasburgo y de Toledo, se fatigará en vano. Los pueblos de Europa, cuyo horizonte había ennegrecido el polvo de las ruinas del gran imperio, adoptaron en el período de tribulaciones y de espanto de la Edad Media aquellas

maneras de construcción que enlazaban, puede decirse, el pensamiento de hoy con las tradiciones de ayer; no había ya godos en el mundo, ni en el trono de Toledo se sentaban los descendientes directos de Recesvinto y de Vitiza, cuando comenzó á llamarse gótico un estilo que, fundiendo las viejas reminiscencias de un clasicismo, cuya memoria iba perdiéndose, con los resplandores últimos de la civilización oriental, que también espiraba, y los albores del bizantinismo, que amanecía, imprimió en las construcciones de casi toda Europa, sobre todo en las tierras sombrías y nebulosas del Norte, un sello especial de severidad y grandeza, que aún puede considerarse como el retrato fiel, la fotografía marmórea de los siglos de la fe, del heroísmo y del amor. Un grito general resonó en Europa en los días que precedieron á Pedro el Ermitaño; un grito que decía: levantémonos, subamos; *in altum, in altum, multo in altum*. Allá arriba, en la región por donde nace la aurora, hay grandes tesoros que conquistar; allá arriba, más allá de las regiones del pensamiento, hay mucha gloria que ver; y al *sursum corda* de todas las inteligencias y de todas las fantasías, el arte respondió con el *sursum* de sus magníficas bóvedas de piedra. Y cruzaremos las bóvedas, añadieron los arquitectos, por medio de ramificaciones que parezcan los nervios de un atleta, y formen allá, á la altura de 120 piés, la trabazón armónica de gigantescas moles; *arriba*, dijo á su vez el pintor; yo cubriré esas bóvedas con una hermosa capa de azul de cielo sembrada de estrellas, y así los fieles en la morada del Todopoderoso verán tan sólo la tierra á sus piés, y encima la imagen esplendorosa del firmamento. Nada de órdenes de arquitectura ni de pilares ni de cornisas, que interrumpen la mirada y distraen el pensamiento en su vuelo á las alturas; y el arquitecto dijo: «Nada de órdenes; yo lanzaré mis columnas de un solo cuerpo desde el suelo hasta la bóveda y las coronaré de plumas ó de hojas de acanto, y así el cielo y la tierra parecerán en lo visible unidos por colosos de piedra, como lo están en lo invisible por el amor y por la oración, columnas misteriosas del edificio de la vida y de la gracia.» Y dijeron los hombres al salir de la noche de la Edad Media: «No más murallas interminables, que

ahogan el alma como en una cárcel; no más ventanas estrechas, que convierten en calabozo la casa de la libertad.» Y el arte respondió: «No más lienzos de murallas; no más angustias de luz: yo abriré anchas ventanas y las adornaré con vidrios de colores, que, á la vez que reflejen con singular y siempre nueva hermosura los rayos de sol, ofrezcan la historia de Jesucristo y de la Virgen y de los santos: haré en esos vidrios una *Biblia* y un *Catecismo* para los que no saben leer; así cada día el sol irá á brillar en la frente de los, que oran, enriquecido con los resplandores que mis páginas le presten al pasar por ellas.» «Para asegurar por siglos la vida de mis templos, añade la arquitectura, yo formaré en su parte exterior grandes muros inclinados, á manera de estribos, en que la fábrica descanse; y sobre ellos multiplicaré cariátides y figuras horribles y monstruos infernales, que ora lloren sin consuelo, ora rujan y se desesperen por no poder penetrar en el interior.» Y el genio de la época añadió: «Las torres altas, muy altas», la campana es la voz del cielo y se debe escuchar de entre las nubes; y el arte levantó grandes pirámides sobre bases cuadradas; y allá en la extremidad de la aguja puso la Cruz, la Cruz, que vemos aún sobre la catedral de Búrgos y sobre Nuestra Señora de París.

Así se formó el estilo *gótico*, traducción en piedra del lenguaje de los siglos de la fe y del entusiasmo. Fué, pues, una especie de resurrección para casi todos los pueblos de Europa, no para Roma, donde las tradiciones clásico-latinas no se habían perdido, donde el influjo, por tanto, del Oriente y de los árabes conductores, puede decirse, del *goticismo* de Alemania y de Francia y de España, no pudo ser ni fué tan eficaz. Hasta las condiciones del clima se oponían á ello: mal se hubieran conformado con la esplendidez de este cielo de Italia y con el aspecto de este suelo florido y de estas verdes colinas, donde hasta las piedras se rien, las inmensas bóvedas y los arcos apuntados, y las murallas de color gris, y los monstruos horrendos que las bordan. Bien dicen á las nieblas del Norte y á las sombrías llanuras de las Galias las altas torres y el cuerpo monstruoso y el exterior deforme de sus catedrales. La ciudad don-